

Miguel Vázquez Liñán
(coordinador)

Comunicar el pasado

La memoria y sus mediaciones



SALAMANCA, 2023

1ª edición: Salamanca, 2023.

Esta obra, tanto en su forma como en su contenido, está protegida por la Ley, que establece penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o

en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización por escrito del titular de los derechos de explotación de la misma.

Revisión general de la obra: Pedro J. Crespo
Diseño y producción gráfica: Pepa Peláez, Editora.

De los textos: © *by Los Autores*

De esta edición:
COMUNICACIÓN SOCIAL EDICIONES Y PUBLICACIONES, sello propiedad de:
© *by* PEDRO J. CRESPO, EDITOR (2023).

Gestión:
Avda. Juan Pablo II, 42, Ático A. 37008 Salamanca, España.
Taller editorial y almacén:
c/ Escuelas, 16. 49130 Manganeses de la Lampreana (Zamora, España).

ISBN: 978-84-17600-91-4
Depósito Legal: DL S 314-2023
Impreso en España. *Printed in Spain*

Introducción

Memoria y comunicación: ¿Por qué recordamos, colectivamente, lo que recordamos?

Miguel Vázquez-Liñán

«Así que, dos días después, vi aparecer el nombre de Halbwachs en la lista de los fallecidos. Busqué en el fichero central de la Arbeitsstatistik el casillero correspondiente a su número. Saqué la ficha de Maurice Halbwachs, borré su nombre: un vivo podría ahora ocupar el lugar de ese muerto. Un vivo, quiero decir: un futuro cadáver. Hice todos los gestos necesarios, borré cuidadosamente su apellido, Halbwachs, su nombre de pila, Maurice: todas sus señas de identidad. Tenía su ficha rectangular en la palma de la mano, volvía a estar blanca y virgen: otra vida podría inscribirse en ella, una muerte nueva.»

Jorge Semprún, *La escritura o la vida*.

Jorge Semprún pasó alrededor de dos años en el campo de concentración nazi de Buchenwald, donde coincidió con el que había sido su profesor en La Sorbona, Maurice Halbwachs, quien moriría poco después, en marzo de 1945, como consecuencia de la disentería que le habían provocado las condiciones del internamiento. Semprún, que junto a otros reclusos participaba en trabajos de la administración de Buchenwald, tuvo que *borrar el nombre* de su maestro de los listados del campo para que otro prisionero pudiese ocupar su lugar, su litera, su ficha, que ahora volvía a estar en blanco... y esperando un nuevo nombre.

Hoy, el nombre de Maurice Halbwachs es recordado en cualquier trabajo que aborde los orígenes del estudio de esto que seguimos llamando, como hiciera el propio Halbwachs, «memoria colectiva». Sus investigaciones contribuyeron, así, a recuperar la memoria de lo que no debía ser olvidado, de aquello que él ya no podría contar y cuyo recuerdo pasaba a convertirse en un acto político, de justicia. De esta forma, los estudios sobre memoria colectiva —o social, cultural, histórica— nacen ya marcados por el *deber de memoria*, por la intención de contar —comunicar— lo que no debe olvidarse y por la lucha contra el intento de la «supresión de la memoria» (Todorov, 2013), tan característico de los regímenes autoritarios y totalitarios del siglo XX. Como veremos en el segundo capítulo de este volumen, el deber de memoria implica también recordar las injusticias olvidadas y dar voz a quienes fueron sus víctimas. Introducir el sufrimiento de esas víctimas en el relato del pasado lo humaniza, de ahí que veamos tan estrecha la relación entre memoria y derechos humanos.

Memoria personal y memoria colectiva

Maurice Halbwachs ponía en duda la mera existencia de una memoria que no fuese, en alguna medida, colectiva. Si recuerdo lo que recuerdo es porque otros me han dicho, a lo largo de mi vida, lo que me han dicho; porque he leído lo que he leído, porque me han enseñado lo que me han enseñado, porque he visto lo que he visto, porque he vivido (junto a otros) ...lo

que he vivido. Otras lecturas, otras enseñanzas, otras conversaciones, otras vivencias, me habrían llevado también a otros recuerdos. Así, pensaba Halbwachs, nuestras remembranzas, incluso aquellas que consideramos individuales, se construyen socialmente.

Quienes estudian el funcionamiento y las «prácticas» de la memoria han subrayado con frecuencia la permanente circulación entre la memoria personal y la cultural, que complica, incluso para quienes vivieron un determinado momento histórico, establecer una separación clara entre lo vivido y lo «añadido» *a posteriori*. ¿Cuánto de lo que recuerdo de mi pasado, de la niñez por ejemplo, proviene de aquel periodo, y cuánto lo he ido añadiendo con el tiempo? ¿De dónde vienen, por otro lado, esos añadidos? De entre las mediaciones que construyen nuestros recuerdos, las industrias culturales y los medios de comunicación juegan un papel crucial, hasta el punto que, por ejemplo, se puede dar el caso de que «la integración de las narrativas cinematográficas en los recuerdos personales dificulta a los sobrevivientes de sucesos históricos separar sus propios recuerdos de las imágenes cinematográficas de esos mismos sucesos» (Sturken, 2008: 75). Siguiendo con el argumento, nuestra memoria colectiva se construye condicionada por los mensajes que recibimos a lo largo de la vida en el ámbito familiar, en la escuela, a través de los más diversos medios de comunicación y cultura, en nuestras discusiones cara a cara o tecnológicamente mediadas. De esta forma, la memoria (y la cultura, de la que forma parte) es un proceso dinámico que se produce en red, en nuestra interrelación con otros. El sentido de comunidad, del

que la memoria común es pieza esencial, existe, precisamente, porque «los recuerdos no existen de forma aislada, sino que están interconectados con los recuerdos de los demás» (Assmann, 2016). El vínculo entre memoria y comunicación no podría ser más directo.

La dimensión político-mediática de la memoria

En efecto, en nuestras sociedades-red, sería muy presuntuoso pensar que las decisiones sobre lo que nos interesa del pasado han sido tomadas de forma individual. En otro tiempo, era el manual de historia de la escuela el que nos sugería la jerarquía que debíamos aplicar al tiempo pasado: nos señalaba lo «importante», orientando nuestra atención hacia ciertos personajes, pueblos o períodos históricos y dejando fuera muchos más. Si bien el manual sigue cumpliendo esta función, comparte protagonismo con otros medios, especialmente los audiovisuales y en red, a la hora de marcar la *agenda de la memoria mediática*, es decir «el conjunto de eventos pasados más destacados en los medios de comunicación, y la agenda de la memoria pública, es decir, los eventos pasados percibidos por los individuos como más importantes» (Kligler-Vilenchik, 2011: 226). Y esa percepción, como veremos en el primer capítulo se puede orientar a través de las políticas de la memoria, lo que nos lleva a otro de los grandes asuntos de este libro: la dimensión político-mediática de la memoria.

En efecto, con la ayuda de (o basándonos en) los mensajes que nos llegan a través de las aulas, los me-

dios, así como de nuestras redes, tanto físicas como digitales, emprenderemos acciones e iniciativas que modificarán el entorno en que vivimos. Paralelamente, los medios nos proponen marcos de interpretación de nuestra propia existencia, forjan lo que consideramos «de actualidad», jerarquizan la realidad que nos rodea, al tiempo que deciden lo que «merece ser contado». Promocionan, también, determinados contenidos sobre el pasado que acaban siendo «noticia» y parte de la información que utilizaremos para tomar decisiones que, a su vez, y como hemos apuntado, nos llevarán a actuar de una determinada forma sobre nuestro contexto, que modificaremos con esas acciones. Esa modificación es parte de lo que solemos llamar «cambio social». Así, la memoria en su dimensión político-mediática, es también un proyecto de cambio futuro, a construir desde el presente a través del uso político del pasado (Vázquez-Liñán; Leetoy, 2016).

Memoria, cultura, identidad

La memoria colectiva es política, conflictiva y radicalmente cultural. Como humanos, que vivimos en sociedad, somos memoria: sin ella, nos previene Reyes Mate (2008), no entenderíamos nada de lo que ocurre a nuestro alrededor, no sabríamos cómo comportarnos en nuestro entorno. Porque la memoria es parte esencial de la cultura, de lo que da sentido a lo que nos rodea. De esta forma, si sostenemos que lo que solemos denominar «cultura» se fundamenta en la creación e intercambio de significados que hacen po-

sible la comunicación entre humanos, probablemente estemos de acuerdo en que el propio proceso de construcción cultural —y de memoria colectiva— lo es de comunicación. La cultura es también el terreno de lo simbólico, de la búsqueda de sentido que nutre, también, la construcción identitaria. Como afirman Du Gay *et al.* (1997: 13), damos sentido a las cosas que nos rodean, «a través de la forma en la que las representamos», de ahí que la forma en que representemos nuestro pasado colectivo tendrá una incidencia identitaria clara: ayudará a definir quiénes somos política y culturalmente.

Mirar al pasado colectivamente es un proceso complejo y lleno de dificultades, contradicciones, silencios, trampas y abusos, aunque también de grandes satisfacciones, que genera verdades y mentiras coyunturales, juicios éticos y conflicto político. Y de dicho proceso trata este libro. Queremos comprender mejor por qué tenemos la imagen que tenemos de nuestro pasado... y no otra. Para ello, de entre todas las posibilidades que hay de definir el término «memoria colectiva» (o social, histórica, cultural), aquí nos referiremos con él a las representaciones del pasado común que compartimos, de forma más o menos mayoritaria, en el presente; representaciones que dan forma a los distintos colectivos a los que pertenecemos: la familia, la nación, la clase social, la comunidad religiosa o política, la profesional, la de club de fans, etc. De hecho, estos colectivos lo son —o tienen conciencia de serlo—, principalmente, porque poseen un relato de memoria común. Si bien esas narrativas, así como las representaciones a las que nos hemos referido, son

heterogéneas y en permanente evolución, pocas dudas caben de que hay determinados discursos que ejercen mayor influencia que otros sobre lo que vemos cuando miramos hacia atrás en el tiempo. Se trata a menudo de esos relatos que nos llegan sin que tengamos que hacer apenas esfuerzo, porque han sido convenientemente promocionados para que así sea.

Los medios y la representación del pasado

Así, si para informarnos en profundidad sobre la historia de la Segunda Guerra Mundial no es mala idea recurrir a la investigación rigurosa, aunque a menudo poco conocida, que han llevado a cabo muchos de los historiadores estudiosos de ese periodo, esto implicará el «trabajo» personal que conlleva, al menos, la búsqueda del texto —o los textos— en cuestión y la lectura del mismo. No es tanto trabajo, podríamos pensar, pero frecuentemente es más del que estamos dispuestos a hacer. Lo habitual es que el conocimiento sobre nuestro pasado común nos llegue a través de discursos a los que hemos sido expuestos «obligatoriamente» —como el manual de historia de la escuela, por ejemplo— o de aquellos que fluyen por los grandes medios de comunicación y cultura: el cine, las series, breves vídeos de temática «histórica» en redes sociales y también, desde luego, las artes, la literatura o la prensa. De esta forma, a veces una serie de «ficción histórica» sobre la Segunda Guerra Mundial influirá más en nuestra representación sobre ese conflicto que los sesudos estudios de cientos de historiadores.

Esto nos lleva a pensar que, para comprender por qué recordamos lo que recordamos como sociedad, tiene sentido estudiar el funcionamiento de los sistemas de medios de comunicación, sus estructuras y formas de trabajo, así como las luchas de poder que hacen que unos mensajes lleguen a las primeras páginas —esas que son, a veces, puertas abiertas a nuestra memoria colectiva—... y otros no. Las representaciones del pasado que gozan del apoyo institucional y mediático del Estado o de grandes empresas privadas tienen la capacidad de perdurar, alcanzando así una relativa estabilidad en el tiempo. Llegar y mantenerse en ese exclusivo catálogo de «recuerdos privilegiados» significa triunfar en las asimétricas luchas de poder previas por conseguir un lugar en la memoria cultural: dichas luchas se materializan, a menudo, en competiciones por el espacio mediático, de ahí que nos interese, en nuestro estudio, el funcionamiento de ese espacio.

En esta línea, en el capítulo cuarto prestaremos especial atención al cine como uno de los medios de comunicación que, de forma más evidente, ha influido en la imagen que tenemos del pasado. La ficción, en general, y la cinematográfica en particular, han servido para construir héroes y villanos, patrias y naciones, así como para blanquear dictaduras, pero también para combatir las injusticias de otros tiempos y gestionar traumas colectivos del pasado. El concepto de trauma, tan ligado al de memoria cuando se trata de mirar a violencias pretéritas, a lo no superado, a lo encerrado en el subconsciente colectivo, ha encontrado en la metáfora de la ficción una útil herramienta de gestión, de «reelaboración».

El uso propagandístico del pasado

Estos discursos mediados van construyendo la representación que tenemos del pasado aquí y ahora, una suerte de *historia pop* de consumo masivo para ser utilizada a conveniencia en los parlamentos nacionales, en las discusiones de las tertulias televisivas o en las barras de los bares. Y esa representación muta: es histórica y necesariamente selectiva. Como no podemos recordarlo todo, a los autores de este libro nos interesa entender los criterios de esa selección en cada momento y lugar.

Un antiguo dicho soviético afirmaba, no sin retransca, que «sabemos lo que nos traerá el futuro, pero es mucho más complicado predecir el aspecto que tendrá nuestro pasado». Podríamos añadir, en cualquier caso, que dependerá —ese aspecto— de lo que nos «exijan» las necesidades presentes ya sean políticas, financieras, o de la industria del entretenimiento. Quienes han nacido en la España del siglo XXI, por ejemplo, han recibido una mirada diferente a la de nuestros padres o abuelos en relación con la «historia nacional»; con sus continuidades y discontinuidades, pero diferente. Será en el tercer capítulo donde nos acerquemos, precisamente, a los intereses político-propagandísticos de muchos discursos sobre el pasado. Y lo haremos con ejemplos de propaganda nacionalista, recordando cómo la memoria ha contribuido a la construcción nacional, y de guerra: el pasado se ha utilizado intensamente para la justificación de los conflictos armados.

De este modo, el texto que aquí presentamos intenta contestar, parcialmente, a la compleja pregunta de por

qué recordamos, colectivamente, lo que recordamos, dando pistas que nos ayuden a entender ese proceso de memoria, que lo es también, como veremos, de comunicación. Vamos a ello.

Referencias

- Assmann, A. (2016). *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*. New York: Fordham University Press.
- Du Gay, P.; Hall, S.; Janes, L.; MacKay, H.; Negus, K. (1997). *Doing Cultural Studies: The Story of the Sony Walkman*. Milton Keynes, Open University, Thousand Oaks, CA: Sage.
- Kligler-Vilenchik, N. (2011). «Memory-Setting: Applying Agenda-Setting Theory to the Study of Collective Memory», en Neiger, M.; Meyers, O.; Zandberg, E. *On Media Memory. Collective Memory in a New Media Age*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Lotman, Y. (1994). *Besedy o russkoi kulture. Byt i traditsii rússkogo dvorianstva (XVIII-nachalo XIX veka)*. Sankt-Peterburg: Iskustvo -SPB.
- Mate, R. (2008). *La berencia del olvido*. Madrid: Errata Naturae.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Sturken, M. (2008). «Memory, consumerism and media: Reflections on the emergence of the field», en *Memory Studies* 1:1, pp. 73-78.
- Todorov, T. (2013). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Vázquez-Liñán, M.; Leetoy, S. (2016). «Memoria histórica y propaganda. Una aproximación teórica al estudio comunicacional de la memoria», en *Comunicación y Sociedad*, 26, pp. 71-94.